



Juan Manuel
de Prada
Raros
como yo

Juan Manuel de Prada

RAROS COMO YO



© Juan Manuel de Prada, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de cubierta: Carl Spitzweg, *El ratón de biblioteca* (1850) © Fine Art Images / Bridgeman Images

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-7127-6

Depósito legal: B. 17.474-2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------|----|
| LIMINAR | 11 |
| I. GAVILLA DE MALDITOS | 17 |
| Ernest Hello | 19 |
| Léon Bloy | 22 |
| Silverio Lanza | 32 |
| Pedro Barrantes | 35 |
| Alejandro Sawa | 38 |
| Concha Espina | 41 |
| Fray Félix Minaya | 44 |
| Pedro Luis de Gálvez | 47 |
| Iván de Nogales | 50 |
| Diego San José | 53 |
| Eliodoro Puche | 56 |
| Fernando Villegas Estrada | 61 |
| Gonzalo Seijas | 64 |
| Pedro Mourlane Michelena | 68 |
| Rafael Alberto Arrieta | 71 |
| Carolina Nabuco | 74 |
| Jacinto Miquelarena | 77 |
| Manuel D. Benavides | 80 |
| António Ferro | 83 |
| Fortunio Bonanova | 86 |

| | |
|--|-----|
| Víctor de la Serna | 89 |
| Juan Antonio de Zunzunegui | 94 |
| Pedro Roca | 97 |
| Felisberto Hernández | 101 |
| Armando Buscarini | 104 |
| Mario Arnold | 107 |
| Margarita de Pedroso | 110 |
| John Franklin Bardin | 113 |
| Rafael García Serrano | 116 |
| Remigio González, «Adares» | 119 |
| Concha Alós | 122 |
| Enrique Álvarez | 125 |
| Santiago Alba Rico | 128 |
| JJ Bermúdez | 131 |
| | |
| II. LEONARDO CASTELLANI: CON TODOS SE PELEÓ, SALVO CON DIOS | 135 |
| 1 | 137 |
| 2 | 143 |
| 3 | 151 |
| 4 | 160 |
| 5 | 169 |
| | |
| III. ROSAS DE CATALUÑA | 193 |
| Trenza de ceniza (Carme Guasch) | 195 |
| Alguien a quien conocí (María Luz Morales) | 199 |
| Las algas rojas (Maria Teresa Vernet) | 202 |
| Cuando la muerte se enamora (Elvira Augusta Lewi) ... | 207 |
| Cuarenta años después (Rosa Maria Arquimbau) | 210 |
| La intrépida reportera (Irene Polo) | 216 |
| El eterno femenino (Llucieta Canyà) | 221 |
| Éste será el principio (Anna Murià) | 227 |
| Crepúsculo de una ninfa (Elisabeth Mulder) | 232 |

LIMINAR

Presentamos en este libro una galería de escritores «raros» o malditos. Pero antes deberíamos dilucidar qué entendemos por «raro». El término, a los efectos que aquí interesan, lo acuña Rubén Darío, en una serie de semblanzas publicadas en el diario argentino *La Nación* (y después recopiladas en volumen) por las que se pasean el desventurado Edgar Allan Poe, «alma potente y extraña encerrada en hermoso vaso», y el conde de Lautréamont, adorador del sapo y glorificador del piojo, pero también su «padre y maestro mágico» Paul Verlaine, a quien Rubén pinta cadavérico, farfuleando plegarias para exorcizar al demonio y asediado —«su cuerpo era la lira del pecado»— por los fantasmas de la lujuria. Aquellos «raros» de Rubén eran, en realidad, su propia versión de un libro anterior de Verlaine, *Les poètes maudits*, en el que se codifica la figura del maldito «fin de siglo» (mirándose, naturalmente, en el espejo de Baudelaire): el maldito verlainiano, como el raro de Rubén, era el escritor genial que, sintiéndose rechazado por una sociedad filistea, adoptaba formas de vida e ideales radicalmente antiburgueses que lo convertían en un transgresor (cuando transgredir aún consistía en jugarse el tipo y no en posar de bufón o cantamañanas sistémico, como ocurre hoy); y el raro o maldito, ante la marginación de la sociedad burguesa, respondía de forma desdeñosa, furibunda, blasfema o incluso satánica, según cómo le hubiese caído en el estómago la última botella de ajeno.

Andando el tiempo, por raro o maldito ya no se entendió tan sólo al artista genial y transgresor de las convenciones burguesas, sino en general al bohemio más o menos dandy o pulgoso, más o menos desgarrado o excéntrico, que actúa como fuerza de choque o catapulta «ante las murallas escondidas de la preceptiva». Este concepto más extenso de raro —que incluye, a la postre, a todo autor «mal leído o mal comprendido o mal difundido»— es el que Pere Gimferrer prefiere en su personal recopilación de raros. Nosotros mismos hemos incluido en este libro, por fidelidad a nuestros deslumbramientos juveniles, a las escurrajas de una bohemia degenerada en golfemia que hizo del sablazo un género literario y del anarquismo una expresión facunda y alucinada de la sífilis.

Pero, poco a poco, el malditismo fue siendo asimilado por el sistema, al principio imperceptiblemente, después con descaro cínico, pues veía en las heterodoxias y extremosidades del maldito un aspaviento regocijante e inocuo que, además de servirle como entretenimiento, le permitía propugnar modelos vitales y paradigmas culturales que contribuyeran a la cretinización y envilecimiento de las masas. Y así, el maldito ya domesticado fue primero tolerado benévolamente, después admitido públicamente en sociedad, hasta por fin ser entronizado como icono *pop*. El maldito, de este modo, se convirtió en un artista aceptado por el sistema, aureolado por una mitología autocomplaciente y falsorra de rebeldía, que no sólo no se rebelaba contra las convenciones ideológicas y estéticas de su época, sino que en cierto modo las proclamaba y encarnaba orgullosamente, adornadas por supuesto con sus alamares y chorreras de amores que no quieren decir su nombre (que, entretanto, ya son amores que cacarean su nombre, exaltados por el sistema), pulsiones suicidas de pacotilla y paraísos artificiales de garrafón, más alguna *tournée* internacional a cargo del presupuesto público. Sólo desde esta asimilación o conversión del maldito en icono *pop* puede sostenerse sin rubor que sean malditos autores tan genuflexos ante la catequesis sistémica como Roberto Bolaño o David Foster Wallace.

Con razón escribía Chesterton que la ortodoxia es la única forma de heterodoxia que nuestra época no admite. Maldito no es hoy el autor que se complace en invocar a los demonios, sino el que se atreve a rezar a los santos; maldito no es el activista del desenfreno, sino el apóstol de la templanza; maldito no es el rap-soda chillón de la libertad, sino el juglar discreto de la tradición. Maldito, en fin, no es el niño pijo, autodestructivo y nihilista cuyos aspavientos aplaude el sistema, sino el artista que se atreve a llevar la subversión hasta donde el sistema empieza a echar espumarajos, como la niña de *El exorcista*: hasta el escarnio de su religión democrática, hasta la denuncia de sus vacuas naderías y pomposidades, hasta la execración de sus turbias ideologías, hasta el altar donde Dios se hace carne. Algo de esto intuyó mi llorado Santiago Castelo, en un soneto titulado «Malditismo» que se incluye en su libro póstumo *La sentencia*:

[...]

Somos la mezcla rara que desnorta:
buen vividor, católico... y maldito.
¡Anatema sin más y al infinito
se lanzan las infamias! No se acorta

la lengua en el ataque clandestino.
Ser la casualidad golfa y besada
y escribir y triunfar y amar el vino

y hasta rezar de forma apasionada,
es nuestro malditismo y nuestro sino...
Por eso nos condenan a la nada.

Incluimos en esta galería de «raros» a autores de todos los pelajes y jerarquías, desde genios incomprendidos y expulsados trágicamente a las tinieblas por el dictamen de los capataces y eunucos sistémicos —ahí tenemos el caso paradigmático de León Bloy— hasta escritores por completo irrelevantes, a veces incluso

tarambanas locoides y casi ágrafos, que sin embargo esconden, entre los repliegues de una vida descacharrada y una obra ínfima, esa «alma potente y extraña» que choca a la sensibilidad dominante. Siempre hemos defendido la visión de la literatura como una tumultuosa colmena donde, a la vez que se pavonean las abejas reinas, laboran desveladamente las obreras y zumban a deshora los zánganos; y a veces son las obreras, incluso los zánganos, quienes nos brindan mejor el sabor desvaído o definitivamente extraviado de una época, sobre todo cuando se trata de rescatar entre sus escombros a quienes se atrevieron a desafiarla. Entre la gavilla de malditos aquí reunida el curioso lector encontrará algunos escritores que fueron aplaudidos en vida para después ingresar en los desvanes del olvido —pienso, por ejemplo, en Concha Espina—; y también a escritores despreciados en vida que después han sido rescatados y encumbrados —pienso, por ejemplo, en Felisberto Hernández—; pero, sobre todo, abundan quienes fueron malditos mientras duró su vida y lo siguen siendo después de muertos, confinados en las mazmorras donde los capataces y eunucos sistémicos encierran las voces que disuenan del coro oficialista.

Entre todos los malditos que «ni en la vida ni en la muerte» obtuvieron el reconocimiento merecido destaca mi amado Leonardo Castellani, a quien con justicia puedo denominar —como Rubén a Verlaine— «padre y maestro mágico» que cambió radicalmente mi percepción del oficio literario. Todos venimos a este valle de lágrimas con alguna misión modesta que no suele coincidir con las misiones farrucas y altisonantes que, en nuestro engrimiento, nos atribuimos; y en cumplir esa misión modesta que nos ha sido asignada está la gracia del vivir. Yo empecé a cumplir esa misión cuando cayó en mis manos un libro de Leonardo Castellani, en quien descubrí de inmediato un escritorazo descomunal que con todos se peleó, salvo con Dios, fiel a la vocación de «bandera encontrada» o «signo de contradicción» (hoy diríamos «mosca cojonera») que el viejo Simón atribuyó al propio Jesús. A este incansable polemista, entreverado de Chesterton y Bloy, que cultivó

todos los géneros literarios y en todos derramó su estilo vibrante y recio, enfrentándose a los desvaríos de su época, pero también —¡ay, osado!— al fariseísmo eclesiástico, dedico la segunda parte del libro.

Se clausura este volumen con un balcón dedicado a las «rosas de Cataluña», un puñado de escritoras —casi todas ellas de la misma generación— a las que he ido descubriendo, mientras exhumaba la perturbadora vida secreta de Ana María Martínez Sagi, finalmente desvelada (y despojada de falsedades y mistificaciones) en mi ciclópea biografía *El derecho a soñar*. Algunas de estas escritoras escribieron en catalán, otras en castellano (y también las hubo, desde luego, que escribieron en ambas lenguas), con un amor común y abnegado hacia su tierra, a la que yo también llegué a amar mientras realizaba estas pesquisas, sin esperanza alguna de correspondencia y llevándome muchos arañazos y mojicones de propina. Aunque el feminismo pinturero las haya jaleado burdamente (pero sólo a aquéllas que interesan a sus fines ideológicos) y el separatismo de brocha gorda las haya utilizado sectariamente (pero sólo a aquéllas que le permiten canonizar una imagen deformada de Cataluña), lo cierto es que sus obras apenas han sido reeditadas y sus figuras no han obtenido la atención académica que merecen.

Debo el título de este libro a Alfonso Armada, que me lo sugirió para una extinta sección de semblanzas literarias que mantuve durante años en las páginas de *ABC Cultural*, desmantelada luego por gentes a las que se lleva el viento. Hoy el destino de aquellas semblanzas, como el de otras muchas prosas volanderas que aquí congrego, sería la escombrera del olvido, si la editorial Espasa, mercedaria de mis obras en apuros, no se hubiese mostrado dispuesta a acogerlas y llevarlas hasta ti, querido lector, *mon semblable, mon frère*.

Madrid, septiembre de 2023.

I

GAVILLA DE MALDITOS

ERNEST HELLO

En el único retrato que conocemos del solitario Ernest Hello (1828-1885) llaman enseguida la atención las manos sarmentosas, los rasgos macilentos, la mirada abstraída y un mechón de pelos levantiscos, tal vez sacudidos por un soplo celeste que le susurra palabras dulces o terribles al oído. Hello, hijo de un abogado bretón, estudió leyes por proseguir la tradición familiar; pero, tras licenciarse a los dieciocho años, se negó a ejercer, por no defender causas injustas. Este rasgo levantisco no debe hacernos creer que Hello fuese un rebelde al estilo banal y diletante consagrado por el mundo. Por el contrario, fue un rebelde con Causa, la única causa que puede empujar a un hombre a reaccionar con tan insolente intransigencia. Queremos decir que Hello era católico; no al modo santurrón y anguileante que hoy se estila, sino con una oposición neta a la modernidad que lo condenó, ya en vida, al ostracismo; y en muerte al olvido.

Hello, sin embargo, no lo lamentó demasiado. Tenía vocación de eremita y querencia por el campo; y casi toda su vida la pasó en una finca familiar, en Keroman, acompañado por su esposa, la también escritora Zoé Berthier, que dedicó sus mayores desvelos a cuidar con tesón de su marido, enfermo desde niño de los huesos. Discípulo confeso de Joseph de Maistre, alabado por el Cura de Ars y por Barbey d'Aurevilly, Hello publica su primer libro (una diatriba contra Renan) en 1859, a la vez que despliega

una incansable actividad como polemista que le valdrá la admiración de autores como Léon Bloy, quien lo llamaba cariñosamente (le dijo la sartén al cazo) «el loco», tal vez por no llamarlo «el santo». Y es que, en efecto, toda la obra de Hello está penetrada de un ramalazo de clarividente locura, de entusiástica santidad, que alcanza su culminación en la que sin lugar a dudas es su obra maestra, *El hombre* (1872), una colección de ensayos de intención apologética en la que se entremezclan cuestiones de índole estética, filosófica, científica y teológica. Libro incendiado de sabiduría y atrevimiento, *El hombre* podría definirse como la enmienda a la totalidad que un reaccionario inflamado de misticismo hace al mundo moderno. Son muchos los pasajes memorables de este libro, en los que Hello refuta las más diversas idolatrías vigentes y descabeza a los santones del mausoleo ilustrado (empezando por Voltaire, a quien profesaba especial inquina); pero tal vez el capítulo más deslumbrante del libro sea el que dedica a «El hombre mediocre», al que identifica por su odio a lo bello y su sumisión a las convenciones establecidas, así como por su horror al hombre de auténtico genio (a quien siempre califica de exagerado).

Durante mucho tiempo, *El hombre* fue reeditado en versiones expurgadas, pues se consideraba que algunas de sus reflexiones vitriólicas podían ofender la sensibilidad meapilas; y, en efecto, abundan en él las afirmaciones incompatibles con el aguachirle doctrinal imperante: «La verdadera misericordia —escribe Hello— es inseparable de un odio activo, furioso, devorador, implacable, exterminador, hacia el mal. ¿Cuándo se comprenderá que, para ser misericordioso, hay que ser inflexible; que para ser blando con el que pide perdón, hay que ser cruel contra el error, la muerte y el pecado? Desde hace mucho tiempo, la malevolencia y la tontería han conspirado para dar a las virtudes un aspecto bobo, deslucido, borroso y lamentable». Y hay pasajes proféticos que estremecen: «El verdadero santo —asegura Hello— tiene caridad, pero una caridad terrible que arde, que devora, una caridad que detesta el mal, porque quiere la curación. El santo forjado por el mundo tendrá una caridad dulzona que bendicirá

a cualquiera y cualquier cosa, en cualquier circunstancia. El santo forjado por el mundo sonreirá al error, sonreirá al pecado, sonreirá a todos, sonreirá a todo. Estará exento de indignación, de profundidad, de alteza, de mirada sobre los abismos. Será benévolo, dulzarrón con el enfermo e indulgente con la enfermedad. Si quieres tú ser ese santo, el mundo te amará y dirá de ti que haces amar el Cristianismo».

Para que quedara claro el modelo de santidad que postulaba, Hello publicaría *Fisonomía de los santos* (1875), una vibrante colección de semblanzas hagiográficas, llena de intuiciones prodigiosas y reflexiones fustigadoras, que tradujo maravillosamente al castellano el gran poeta catalán Joan Maragall; por supuesto, ninguna editorial española se dignó reeditarla durante el último siglo, hasta que se animó a hacerlo la BAC con prólogo del menda. Algo de esto ya se oía Hello cuando escribió que «el verdadero creyente provoca un odio furioso en el falso creyente»; y también Huysmans cuando calificaba al solitario de Karoman como «inexpugnable al éxito». Pero Hello no creía en el éxito, sino tan sólo en la gloria, que no la dan los hombres; y aguardó esa gloria poniéndose a escribir todos los días, en un pequeño pabellón o belvedere, con las cristaleras abiertas hacia el mar y el sol naciente inflamando su escritura de un estilo ardoroso que, aun tomado en pequeñas dosis, abrasa las resistencias del incrédulo y descompone a los tibios y a los eunucoides. Desde ese pabellón o belvedere dijo Hello *adieu* (¡à Dieu!) al mundo, gozoso de abrazar la fuente de su dicha.